



E L D U E N D E V E R D E

TINO CALABACÍN

José A. Ramírez Lozano

Ilustración: Montse Ginesta



ANAYA



EL DUENDE VERDE



*Esta obra obtuvo en 2009 el Primer Premio
del XXVIII Concurso de Narrativa Infantil «Vila d'Ibi».*



Ajuntament d'Ibi

© Del texto: José A. Ramírez Lozano, 2010
© De las ilustraciones: Montse Ginesta, 2010
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2010
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2010

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-667-9324-7
Depósito legal: M. 6690/2010

Impreso en Hermanos Gómez
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro
son las establecidas por la Real Academia Española
en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta
obra está protegido por la Ley, que establece penas
de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes
reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística
o científica, o su transformación, interpretación
o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

José A. Ramírez Lozano

TINO CALABACÍN

PRIMER PREMIO DEL
XXVIII CONCURSO DE NARRATIVA INFANTIL
«VILA D'IBI» 2009

Ilustración: Montse Ginesta

Q U E R I D O L E C T O R

Ya veréis. *Tino Calabacín* os va a parecer un relato muy imaginativo, tal vez demasiado imaginativo. Pero contaros la realidad tal como es, a mí, al menos, me resulta una cosa aburrida y pobre.

Os advierto que no soy periodista. Soy fabulador y creador. Mi oficio es inventar la realidad, no repetirla ni copiarla. Las palabras pueden hacer que el mundo se prolongue más allá de los límites de su propia lógica, superando sus normas y sus leyes, inventándolo de nuevo y a nuestro antojo.

Así que no os importe contar cosas absurdas. Es el terreno de la libertad el que pisáis cuando leéis o escribís historias tan disparatadas.

Esta, aunque exagerada,
es una historia tierna.

Y nada de moralejas
didácticas; con ella solo
quiero que disfrutéis.

El gozo es el más alto don
al que podemos aspirar en este
mundo.



1

CALABACÍN

PORQUE nació de una calabaza, por eso le pusieron Tino Calabacín.

Y a saber si no fue por lo de las pepitas que tienen dentro. Porque Calabacín, siempre que estornudaba, escupía pepitas, unas pepitas blancas y planas de calabaza que no dejaban lugar a dudas.

Paulina, su madre, era la hortelana más hermosa de Merla. Y eso que Merla tenía más de cincuenta huertos, cada cual con su hortelana, todas ellas con unas carnes sonrosadas que maduraban con la fruta.

En Merla los hortelanos trabajaban sin parar desde el alba hasta el anochecer. Tanto que no tenían tiempo para el amor. Paulina sabía que un embarazo hubiera dejado el huerto sin labrar. Así que vivía con la esperanza de

que Dios le diera un hijo de la misma forma que le daba vida a la naturaleza, con el agua. Sí, lo mismo que hace florecer los almendros por febrero.

—Quiero un hijo tuyo, Valero —le dijo.

—Tú sabes que no puede ser, Paulina —la calmaba el padre—. El huerto entero se secaría sin tus manos. Y tú trabajar no podrías. No te dejaría el médico. Que no.

Un día, Valero, su padre, le dio a su madre un beso carnosos en la boca. Tan carnosos y frutal que le dejó en la lengua una pipa como las que se quedan en la boca cuando se come sandía. La pipa era de calabaza, y ella la cogió con mucho mimo y la sembró entre las hortalizas.

—Dios me escuchará —se dijo convencida.

Pasó la primavera con sus flores, el verano con sus frutos y, cuando ya apuntaba el otoño, sucedió lo asombroso. Ese día, Paulina estaba escardando bajo el nogal y escuchó el llanto de un niño. Era un llanto sordo y cercano que parecía venir de una de las calabazas. Se acercó a la más grande. Pegó el oído a su piel y lo escuchó llorar con claridad. Era su niño. En-



tonces corrió a por un cuchillo y comenzó a rajarla con mucho mimo, como si fuese una matriz. Dentro, confundido entre los pliegues rosas de su pulpa, estaba Calabacín.

—¡Valero! ¡Corre!

Cuando su padre acudió, él ya estaba mamando de la teta de su madre.

Calabacín se crió con el arrope y la mermelada negra del ciruelo.

A Calabacín le acudían las moscas por la siesta. Dicen que porque tenía la sangre dulce, lo mismo que un almíbar.



2

MERLA

MERLA es el pueblo de Calabacín. A Merla lo rodearon los moros con una muralla. Una muralla enorme con un campanario en cada torre. Y es que los enemigos de Merla no eran por aquel entonces ni los cristianos ni los moros. El único enemigo que Merla ha tenido en su historia fue siempre el silencio.

Hoy, con la música de la radio y las películas de la televisión, no hay que temerlo por la noche. Pero hace más de un siglo el silencio en Merla era una alimaña, y si conseguía entrar en el pueblo los dejaba a todos sin palabras. Por eso pusieron campanas, más de cien campanas con sus campaneros que los defendían del maldito silencio, toda la noche tañendo.

La gente en Merla ahorrraba palabras. Las guardaba en un calcetín o en el cajón del ro-

pero. Y algunas, las más hermosas, solo las sacaban el día del patrón o cuando acudían al médico.

Había que tener cuidado no solo con el silencio. También con los ladrones de palabras que asaltaban los caminos. A Tino Moragán le quitaron su segundo apellido y a Marcelina la palabra aceite. Por eso ella siempre decía «óleo», y hasta le sabía de otra manera cuando freía, eso decía ella.

El río que pasa por Merla es un río de agua en invierno, y en verano solo de voces y murmullos. A eso de mediados de junio, se escuchan bajar por él sonidos de rebuznos lejanos, de cantos de labradores, de esquilas de rebaños que pastan en las cumbres y vienen rodando cauce abajo entre los chopos. Y también aullidos remotos y gritos de niños ahogados.

En Merla hay que tener cuidado con los desbordamientos. Basta contar un cuento o cantar una canción para que aumente su caudal y se desborde inundando los huertos. La crecida fue tan alta un verano que las mujeres tuvieron que dejar de rezar y hasta las nanas



estuvieron prohibidas. Además, este es un río sin nombre. Cada vez que se lo ponen, él lo arrastra al olvido, ese otro mar.

En invierno, en cambio, este río se vuelve loco de remate. Y todo por eso, porque pierde su nombre en el verano y no hay modo de recordarlo en octubre. Así que por noviembre da la vuelta a sus aguas y comienza a correr hacia su fuente. Calabacín lo ha visto con sus ojos. Y Linero, y el mismo Alberto Maqueda dice que lo vio también. Suele suceder de madrugada.

Hay noches que las aguas suben saladas, y hay quien ha visto delfines más arriba del huerto de Marimbo. El río se enfurece lo mismo que una serpiente y atropella los cañaverales o desobedece su cauce buscando el camino de la sierra. Entonces el cura, don Elino, acude con la cruz y le grita su nombre bautizándolo de nuevo.

—¡Te llamas Bodión! ¡Bodión es tu nombre!

Y el río, ya tranquilo, devuelve al mar sus aguas.



Í N D I C E

1. Calabacín	7
2. Merla	11
3. Nina.....	15
4. Habas	21
5. Botones.....	25
6. Los pinzapeces	29
7. Barcos en la noche	33
8. La luna del pozo.....	37
9. La higuera maldita.....	41
10. La foto	45
11. La flauta de agua	49
12. Fertilidad de la fábula	53

SI TE GUSTÓ ESTE LIBRO,

MARABAJO

Pablo Albo



En el fondo del mar hay una roca, y en ella viven veinte o treinta cangrejos. Los cangrejos, en cuanto ven que se acerca alguien, se esconden. A veces, aunque no llegue nadie, permanecen ocultos en las cuevecillas de la roca, porque por esa zona pasa mucho el calamar. Ese calamar no come cangrejos, ningún calamar lo hace, pero es muy pesado.

NO TE PIERDAS...

LA GALLINA QUE PUDO SER PRINCESA

Carles Cano



El guía imperial aclara a los turistas que lo que parece un sol dentro del escudo de piedra no es más que un huevo frito: un príncipe logró sanar gracias a una gallina, a la que llegó a ofrecer su mano; pero ella tenía otros planes mejores.